

Discurso de los organizadores del homenaje a los 30 Años de la Procesión del Señor de los Milagros de Yamato.

“Hermanos en Cristo:

Hoy nos detenemos a mirar un camino que empezó hace tres décadas. Treinta años se dicen rápido, pero vivirlos como migrantes en esta tierra de Yamato ha sido un verdadero milagro de fe. Llegamos aquí con maletas llenas de nostalgia, pero también con una fe inquebrantable, colectiva, resiliente e identitaria, que nos impulsó a levantar este altar lejos de nuestra patria.

La devoción al 'Cristo Moreno' siempre ha estado ligada a la protección ante la adversidad. Nació en Lima en el siglo XVII como un culto de esclavos angoleños, y su historia se consolidó cuando el muro de adobe donde se pintó su imagen sobrevivió intacto a los devastadores terremotos de 1655 y 1687, mientras el resto de la ciudad quedaba en ruinas. Por eso, el Señor de los Milagros simboliza la resistencia: representa nuestra capacidad de mantenernos en pie cuando todo alrededor se derrumba.

Y esa misma resistencia es la que nos trajo aquí. Podríamos decir que el Señor de los Milagros llegó a Japón como un *dekasegi* más. Llegó dispuesto a trabajar por un propósito: darnos esperanza, aliento y las fuerzas necesarias para seguir adelante. Llegó a Japón para estar con nosotros en los momentos de mayor soledad y esfuerzo.

A diferencia de otras expresiones religiosas, esta fe rompe barreras sociales, económicas y raciales. Los fieles no solo asisten, sino que 'caminan juntos', compartiendo el esfuerzo físico de cargar o acompañar el anda. Por eso, aunque nació en el Perú, hoy en día es una festividad que congrega a otros hermanos migrantes latinoamericanos, e incluso a ciudadanos europeos, norteamericanos y, por supuesto, a la comunidad de este país que nos acoge. Muchos expertos consideran que esta procesión genera

una especie de 'reevangelización' en sociedades altamente secularizadas.

En resumen, definir la fe del Señor de los Milagros en Yamato es hablar del corazón latente de una tradición viva. Una fe que acompaña al migrante peruano, pero que también abraza a todo aquel que lo necesite, sin importar su nacionalidad. Él transforma nuestro dolor y nuestra súplica en una fiesta de color morado, en una verdadera hermandad y en una esperanza profundamente renovada."

"Si bien es cierto que en esta historia tuvimos aciertos, y quizás aún más errores, hoy no estamos aquí para juzgar el pasado, sino para resaltar los milagros reales y vivientes que existen entre nosotros.

Y el primer milagro tiene nombres propios. Si bien es cierto que fue un sacerdote italiano, el Padre Alberto, quien nos abrió las puertas con un entusiasmo increíble, fue el Padre Ángel, aquí presente, quien dio inicio oficial a esta hermosa festividad. Un Padre Ángel con treinta años menos, que en ese entonces aún no tenía canas... y permítanme decir, con mucho cariño, que esas canas se las pusimos nosotros, los latinos, ¡y de forma gratuita! Gracias, Padre Ángel, por su paciencia infinita y por entregarnos su vida.

Pero los milagros del Señor no se quedaron solo en los templos; salieron a las calles y a la vida de nuestros hijos. Tal vez, algunos de los aquí presentes recuerda aquellos campamentos de verano. Teníamos a niños latinos sumamente movidos, traviesos, llenos de una energía incontrolable. ¡Y cómo olvidar ese apetito voraz! Recuerdo con mucha gracia el día en que nuestras queridas amigas japonesas decidieron prepararles el almuerzo; se quedaron completamente sorprendidas al ver que, tras terminar sus porciones, nuestros niños ¡aún tenían hambre! Tuvimos que correr y preparar de forma rápida mucha más comida para poder saciar ese implacable apetito latino.

Esos niños traviesos de los campamentos hoy están aquí presentes, y ya son padres de familia. En una sociedad como la japonesa, donde a veces es tan difícil convivir y construir lazos profundos, encontrar amigos latinos verdaderos parece una tarea imposible. Pero gracias a una comunidad organizada bajo el amparo de la fe, el milagro del Señor se hizo realidad: logró que esos niños compartieran una amistad que persiste intacta hasta el día de hoy. Un grupo de ellos nos acompaña hoy en esta Iglesia, siendo el testimonio vivo de que el Señor de los Milagros no solo une fe, sino que une vidas para siempre. ¡Ese es un milagro más de nuestro Cristo Moreno!"

"Treinta años son toda una vida. Y dentro de esa vida, hermanos, tenemos que ser valientes para reconocer que cometimos errores, y muchos. Con dolor, hoy debemos mirar al espejo de nuestra historia y aceptar que, en más de una ocasión, dejamos que nuestro ego nos ganase y nos hiciera perder el norte.

Discutimos por puntos insignificantes que hoy, a la distancia, vemos que solo nos alejaron los unos de los otros. Caímos en el error de pensar que, a más prendas, más cargos o más insignias, más cerca estábamos del Señor. Nos equivocamos gravemente al creer, en algún momento, que la sagrada imagen era propiedad de algunos, arrogándonos derechos que nadie nos dio, derechos que nosotros mismos inventamos. Al hacerlo, no solo nos desviamos nosotros, sino que terminamos alejando a muchos hermanos del verdadero camino que Jesús nos enseñó.

Por eso, hoy, ante la imagen de nuestro Cristo Moreno, este aniversario no puede ser solo una fiesta de aplausos vacíos o de orgullo externo. Este treinta aniversario tiene que ser, ante todo, un altar de reconciliación.

Es el momento de despojarnos de los trajes del orgullo. Volvamos a ser como aquellos niños de los campamentos de verano de los que hablábamos hace un momento: puros, unidos, sin pretensiones, con un corazón limpio que no sabe de jerarquías ni de competencias. Que cada cargador bajo el madero, que cada sahumadora elevando su oración, que cada cantora con su voz y que cada fiel en la asamblea vuelva a sentir en lo más profundo de su ser que su único y más digno lugar es el de un servidor humilde.

Hermanos, volvamos a reconstruir nuestra comunidad. Sanemos las heridas del pasado. Hagamos de nuestra Comunidad en Yamato un lugar cálido, un refugio de fe al que nuestras familias y nuestros hijos deseen asistir con alegría. Que este aniversario sea el punto de partida para que esta comunidad se comprometa, con humildad y valentía, a renacer."

"Antes de levantar nuestras miradas hacia los próximos años, queremos dar gracias.

Gracias infinitas a los pioneros, a aquellos que iniciaron este fuego sagrado en Yamato hace treinta años. Gracias a los que, contra viento y marea, mantuvieron la llama encendida en los momentos más difíciles, y gracias a los jóvenes que hoy, con manos firmes y corazones renovados, sostienen esa misma antorcha.

Nuestra gratitud eterna también se eleva al cielo, hacia aquellos hermanos que hoy ya están cerca de Dios, pero cuyo recuerdo sigue caminando con nosotros en cada procesión. Gracias a los sacerdotes que a lo largo de este tiempo nos apoyaron, nos guiaron y, sobre todo, nos soportaron con paciencia pastoral.

No podemos dejar de agradecer a la comunidad japonesa, a este país que nos acogió. Gracias a nuestros vecinos y amigos

japoneses que, quizás sin entender por completo el significado teológico de nuestra tradición, nos apoyaron y nos siguen apoyando con un respeto y una generosidad admirables.

Y finalmente, de manera muy especial, gracias a usted, Padre Ángel. Gracias por acompañarnos incondicionalmente durante estos treinta años. Y en nombre de toda esta comunidad, le pedimos mil disculpas por los errores cometidos en este camino. Gracias por seguir siendo nuestro pastor.

¡Que viva el Señor de los Milagros de Yamato!

¡Que viva nuestra comunidad unida!"